

1867.

anunciado, á consecuencia de lo cuál quedaron totalmente indefensos durante dicho tiempo los baluartes exteriores.

»Tan luégo como el grueso del ejército francés hubo evacuado el Valle de Méjico, S. M. resolvió ponerse al frente de sus tropas y emprender, rodeado de los mejores generales mejicanos, una campaña que debe decidir la suerte del Imperio: lleno de fé S. M. confió por esta vez su persona exclusivamente á los mejicanos. Yo soy no sólo el único austriaco, sino el único europeo que está á su lado...», lo cuál no era cierto como hemos visto ántes.

Los generales presentan á Maximiliano la medalla de bronce, que era la condecoracion más distinguida.—Salida de la plaza el cuatro de Abril.—Pierden dos cañones los republicanos.

Una comision de generales, presidida por Miramon, suplicó al Emperador, el treinta de Marzo, que aceptara la medalla de bronce del *Mérito-militar* por el grande que había adquirido S. M. en aquella campaña. Era esta medalla la condecoracion más distinguida y deseada: la recibió muy conmovido Maximiliano, y no se la quitó del pecho desde aquel dia.

«El cuatro de Abril» dice el doctor Basch «hicimos una salida en direccion de la colina de San Jorge. Trábase de desalojar de aquella posicion al enemigo, si era posible. A las tres de la mañana se situaron en la vertiente setentrional del Cerro de las Campanas mil hombres de caballería, destinados á apoyar los movimientos de nuestra infantería: á la misma hora Miramon, que mandaba personalmente las tropas, hizo avanzar desde Celaya sobre San Sebastian á la brigada Salm, compuesta de cazadores y un batallon de línea; la vanguardia dirigida por Pitner sorprendió al enemigo, que no tardó en emprender la fuga. La facilidad con que se obtuvo este resultado indujo á Maximiliano á llevar el ataque más adelante. Pitner consiguió asaltar el monte de San Gregorio apoderándose de dos piezas de artillería; pero acudiendo fuerzas enemigas consi-

1867.

derables tuvo que retirarse, lo que verificó en buen orden trayéndose los cañones tomados.»

Los generales Miramon y Ramirez de Arellano dirigieron á S. M., el dia once, la carta siguiente:

«Señor: La difícil y peligrosa situacion en que la tardanza del general Márquez ha colocado á V. M. y al ejército que defiende esta plaza, impone á los Generales que suscriben, el deber de hablar á V. M. con la lealtad de caballeros y con la franqueza de soldados.

»A la altura en que nos encontramos por efecto de pasados é irremediables errores, la plaza de Querétaro, y con ella el Imperio, la interesante persona de V. M. y nuestro sufrido y valiente ejército, no llegarán á salvarse si no es por medio del auxilio de las tropas del general Márquez, quien no quiere ó no puede llegar á la vista del enemigo que nos asedia. Traidas las cosas como lo han sido á este último punto, no es cuerdo esperar el trascurso de un período de tiempo más ó menos largo, para emprender despues una retirada imposible, toda vez que su realizacion es un sueño ó un delirio, en el terreno de la práctica.

»Las tropas que defienden hoy esta plaza; que han sabido poner á raya los impotentes esfuerzos del enemigo, y que despues de treinta y siete dias de sitio conservan intacta su moral; estas tropas, Señor, que pueden resistir dentro de la línea fortificada los más serios y tenaces ataques del sitiador, y que librarían gloriosamente una batalla campal, no obstante la desproporcion numérica de aquél y de éste, la perderán instantáneamente el mismo dia en que intentemos retirarnos, sin que baste á impedirlo el ardid de presentarle al soldado como un ataque nuestro movimiento retrógrado.

»Al sonar aquella hora suprema, lo decimos con el

Carta de Miramon y Arellano al Emperador, proponiendo que S. M. salga de la plaza al frente de mil caballos á buscar á Márquez, ó que lo haga Mejía si no quiere ir el Emperador.

1867.

más profundo sentimiento, caracteres débiles ó asustadizos propondrían á V. M. que clavásemos nuestra artillería y que abandonásemos todos nuestros trenes. En tal conflicto, muchos se ocultarían en la ciudad para sustraerse á los inminentes peligros de nuestra salida; la mayoría de los que marcharan con el ejército sólo procuraría ganar terreno, alejándose del teatro del combate; muy pocos lucharíamos por honor y por salvar á V. M., y en último resultado, el abandono de la plaza se convertiría en una evasión de siete mil hombres, llenos de terror pánico y víctimas de la más cabal de las derrotas.

»Los cañones abandonados sucesivamente al enemigo; un reguero de muertos y heridos; los cobardes arrollando á los valientes y arrastrándolos en su precipitada fuga; la caballería contraria cargando sobre los dispersos y acuchillándolos sin piedad; una desercion fabulosa, y algunos hombres tomando las veredas y extraviando el rumbo para salvarse; tal sería, Señor, segun la dilatada experiencia de doce años de constante revolucion, el verdadero resultado de nuestra retirada de Querétaro, el mismo dia ó al siguiente de haberla emprendido. A la vista de tan amarga realidad, los que suscriben creen cumplir con un deber de conciencia, y dar á S. M. un palpable testimonio de lealtad y de sincera adhesion, proponiendo á S. M. que se ejecute una de las dos siguientes determinaciones, como última esperanza de salvacion:

»1.^a Siendo necesario para el triunfo de las tropas que defienden esta plaza, el auxilio de una fuerza extraña, y debiendo venir ésta sin demora, S. M. se dignará salir con mil caballos, para obligar al general Márquez á que se mueva rápidamente con tal fin, batiendo primero al enemigo que se encuentre sobre el camino de Méjico.

1867.

»2.^a Si S. M. no cree conveniente salir de esta plaza, entonces deberá marchar el general Mejía con los mil caballos, é ir á reunirse al general Márquez, para hacerle ejecutar lo que le tiene ordenado S. M.

»En ambos casos, los Generales que disfrutan la honra de dirigirse á S. M. con el fin indicado, se comprometen á defender y conservar la plaza hasta que llegue el ejército auxiliar, ó en un evento desgraciado, hasta que, sabiéndose aquí de una manera positiva la derrota de aquel, sea preciso romper el sitio á viva fuerza.»

En el Consejo celebrado el mismo dia once, contestó el Emperador en los términos siguientes, á la carta que le habían dirigido en aquella fecha Miramon y Ramirez de Arellano: «He visto con placer la proposicion de ustedes; pero no saldré, porque si hay gloria en estar aquí, quiero tener una parte de ella, y si sucumbimos, deseo tambien participar de la desgracia. Sin embargo, como el pensamiento de ustedes es magnífico, he adoptado la segunda parte de él; saldrá de la plaza el general Mejía, á quien yo he visto hoy, y me ha ofrecido marchar dentro de tres dias, que son los que calcula necesarios para poder montar á caballo. Mejía llevará plenos poderes míos para destituir á Márquez y traer el auxilio que necesitamos.»

A continuacion verá el lector el extracto del acta de la Junta de generales celebrada el diecinueve de Abril: «Reunidos de orden de S. M. el Emperador, en la morada del Excmo. Sr. general Don Tomás Mejía, por hallarse enfermo, los Sres. Ministro y Generales que suscriben, segun las disposiciones del Soberano, se constituyeron en junta de guerra, bajo la presidencia del Excmo. Sr. general Don Miguel Miramon. En seguida tomó la palabra el presidente, y dijo: Deseando S. M. el Emperador el acierto para el mejor desenlace

Contestacion
de Maximilia-
no, diciéndo que
iria Mejía.

Junta de ge-
nerales el die-
cinueve de
Abril.

1867.

de nuestra situacion, así como que la presente Junta tenga una libertad absoluta al tratar los puntos que le van á ser sometidos, ha resuelto que nos ocupemos de ellos sin su presencia. El Soberano me ha encargado que manifieste á la Junta, como lo hago, que pone á disposicion de ella todo, excepto su honor. Por mi parte, llamo la atencion de los Sres. Generales presentes, á fin de que las resoluciones que adopten correspondan al noble objeto del Emperador, y sean dignas en toda ocasion de unos soldados que tienen sobre sí inmensas responsabilidades, y que han sabido elevarse á las clases supremas de la milicia.

»Las cuestiones que el Emperador me ha prevenido que someta á la deliberacion de la Junta, son las siguientes:

»1.^a ¿Se debe continuar la defensa de Querétaro, ó ha llegado el momento supremo de abandonarla?

»2.^a Si continúa la defensa de la plaza, ¿qué se hace de víveres, forrajes y dinero?

»3.^a ¿Qué se deberá hacer con la caballada?

»4.^a Una vez que se crea conveniente continuar la defensa, ¿qué tiempo deberemos permanecer aún en este estado?

»5.^a ¿Se deberá nombrar una comision de generales para proporcionar recursos pecuniarios al ejército?

»6.^a ¿Es conveniente la salida de esta plaza de los Señores general Moret y coroneles príncipe de Salm Salm y Campos á la cabeza de la caballería?

»Tales son, Señores, los graves puntos que el Soberano se ha dignado someter á nuestra más franca deliberacion. En consecuencia, para proceder al debate, tiene la palabra el Sr. general director de artillería, Don Manuel Ramirez de Arellano, el cuál dijo: «Cuando se va á tratar en esta Junta del porvenir de Méjico, de la salvacion del Soberano, y del honor y suerte del

1867.

valiente y sufrido ejército que está á sus órdenes, mi conciencia me dice que debo hablar hoy con la franqueza y energía que acostumbro en todos mis actos. Protesto á la Junta de la manera más solemne que no llevo la intencion de herir ninguna susceptibilidad, y que guardaría profundo silencio sobre alguno de los males que voy á indicar, si no me estrecharan á romperlo las altas consideraciones que he indicado.

»Señores: Yo estoy asombrado de ver lo que pasa entre nosotros de dos meses á esta parte, y he llegado á convencerme de que cuanto he leído en mi vida sobre el arte militar no son sino errores, puesto que aquí se procede de una manera contraria á lo que yo creía que eran sábios principios de la ciencia, dados á los ejércitos por la experiencia de muchos siglos y por el génio de grandes capitanes.

»Primero nos propusimos dejar concentrar al enemigo para no batirlo en detal, sino en masa; cuando estuvo reunido pensamos de diferente manera, y ya no nos pareció oportuno atacarlo, sino estar á la defensiva; luégo que tomamos esta nueva actitud, discurrimos que sería mejor abandonar la plaza, clavando, si era posible, la artillería, y dejando todos nuestros trenes; para fundar esta resolucion se decía que no teníamos parque. Entónces probé que lo había, y ofrecí que en veinticuatro horas improvisaría yo cuantos establecimientos se necesitaran para la construccion del material de guerra, á fin de que permaneciéramos en la plaza todo el tiempo que se quisiera. Cumplí lo que ofrecí, y hoy, despues de un consumo diario de veinte á treinta mil tiros, y habiendo trascurrido un mes más, tenemos mayores existencias de municiones, de armas portátiles en el parque general, que las que contábamos el veinte de Marzo.

»En la Junta de Guerra de esa fecha se decidió la

1867.

salida del Excmo. Sr. general Márquez, así como que las guerrillas se lanzarían á la espalda del enemigo para inquietarlo, cortarle sus comunicaciones, molestarle sus convoyes, etc.: ésto no se hizo, y hoy mismo se ve que, despues de un sitio de cuarenta y cinco dias, la caballería está dentro de la plaza, haciendo grandes consumos y sin servir, como debe, en casos semejantes.

»Sin embargo, en la série de grandes errores que nos ha conducido al estado en que nos encontramos, nada ha sido más fatal ni nos ha arrastrado á todos en una ruina inesperada, como la falta de una seccion de Estado Mayor, propiamente dicha. A esta circunstancia debemos no haber almacenado nada; no habernos fortificado oportuna y convenientemente; no tener un parque inmenso; haber despilfarrado en cuarenta y cinco dias los víveres que, con orden en la proveeduría, hubieran durado cuatro ó seis meses, sin exponer al pueblo de Querétaro á sufrir la plaga del hambre, que ya se anuncia con todos sus horrores, y que se desarrollará de un dia á otro. A la falta de ese mismo Estado Mayor debemos no tener ni un peso, cuando, despues de haber sacado mezquinos recursos por los medios más vulgares y odiosos, como son los del préstamo forzoso, que tanto remeda al plagio, todavía es fácil arbitrar en corto tiempo las sumas que bastarían para atender al ejército durante un mes.

»Tamaños males tienen remedio aún, siempre que éste se aplique adonde lo piden las circunstancias. Aquí no debería haber ministerios; no debe haber autoridades civiles; no debe haber juntas recaudadoras de impuestos. El estado de sitio, con todos sus rigores, el general en jefe, que es el Emperador, y un jefe de Estado Mayor inteligente, activo y enérgico, que trabaje veinte horas, por lo ménos, diariamente, es lo único

que mandan las reglas del arte y que aconseja el sentido comun.

»El Jefe de Estado Mayor tiene que ser hoy algo más que un ministro universal; á él toca exclusivamente centralizar la alta direccion de los ramos de guerra, hacienda, gobernacion, justicia, policia, etc., y ejecutar además cuanto sobre estos diversos puntos disponga el Soberano. La autoridad militar necesita ser la única, y debe obrar con toda la energía de que es susceptible.

»En consecuencia, mis opiniones son las siguientes:

»Que continúe la defensa de la plaza hasta que se sepa definitivamente si el general Márquez la auxilia ó nó; que los víveres, forrajes y dinero debe proporcionarlos el jefe de Estado Mayor; que salga la caballada de la plaza; que se sostenga la plaza, por lo ménos, un mes más, lo cual es fácil si el Estado Mayor pone en práctica los medios sencillísimos que hay para lograr este fin; que no se debe nombrar una comision de generales para proporcionar recursos ni para ningun otro objeto, porque es de la obligacion del Jefe de Estado Mayor arbitrar cuanto necesite el ejército; que debe salir de la plaza la caballería con los Sres. general Moret y coroneles príncipe de Salm Salm y Campos; pero mandada por un coronel de alta representacion, para que llene el objeto de las instrucciones y poderes que llevará del Emperador.»

Habiéndose resuelto por la Junta la continuacion de la defensa de la plaza, se dispuso que saliera el general Moret con una partida de caballería á llevar correspondencia á la capital. Intentó ponerse en marcha el veintiuno, pero no lo consiguió, porque los sitiadores rechazaron su escolta; mas el audaz guerrillero Zarazúa pasó las líneas enemigas con cincuenta hombres de caballería.

1867.

Se resuelve en la Junta que continúe la defensa.—Pasa las líneas enemigas el guerrillero Zarazúa.

1867.
Brillante victoria obtenida por Miramon.— Cumplido que le dirigió el Emperador.

El veintiseis propuso un plan Miramon al Emperador, que S. M. aprobó, para el ataque de la línea enemiga del Sud, establecida sobre la formidable posición del *Cimatario*. Al romper el alba del veintisiete ejecutó Miramon su plan, y en una hora batió con dos mil y quinientos hombres á los diez mil republicanos que ocupaban la posición del *Cimatario*. En poco tiempo se hizo dueño de esta posición formidable y de veintitun piezas de artillería, que hizo llevar á la plaza; pero no habiendo podido situarse Castillo de la manera que se le había indicado, destacaron los republicanos un auxilio de cinco mil hombres, que causaron pérdidas graves al ejército imperial, y recobraron la posición de donde acababan de ser arrojadas las numerosas tropas de Michoacan y de Sinaloa.

Además de la artillería cogida al enemigo, se introdujeron reses y víveres en la plaza.

Al presentarse Maximiliano que, como de costumbre, había estado en medio del peligro, se quitó el képi Miramon, y volviéndose á las tropas, gritó: «Soldados, viva S. M. el Emperador», á cuya voz contestaron llenos de entusiasmo jefes, oficiales y soldados. «General Miramon», dijo S. M., «os doy la enhorabuena por esta brillante victoria.» Dió las gracias al Emperador Miramon, y presentando á S. M. el general Méndez, «Señor,» dijo, «en esta batalla el general Méndez se ha portado como lo tiene de costumbre.»

Son derrotados los imperialistas el primero de Mayo en una salida.— Muerte del coronel Rodríguez.— Quién era.— Asiste á sus funerales Maximiliano.

Se hizo otra salida el primero de Mayo por el Este: se encargó al coronel Rodríguez que con dos batallones atacara el portazgo del camino de Méjico, después de que Ramirez de Arellano hubo batido en brecha la hacienda de *Calleja* para facilitar el paso de la columna; pero habiendo recibido su jefe un balazo que le atravesó el corazón, se desorganizaron los soldados y se frustró el objeto del movimiento, convirtiéndose en

derrota de los imperialistas. Antes de la salida había dicho el Emperador á Rodríguez: «La importancia del ataque que va V. á mandar es vital para la salvación de la plaza: no dudo que V. cumplirá con su deber, como lo tiene de costumbre; le prometo una recompensa digna de V.» «Señor», contestó inclinándose el valiente Coronel, «hoy me ascenderá V. M. á general ó me matarán.»

Veracruzano, hijo de un antiguo jefe militar, era el coronel Rodríguez, un jóven de mucho mérito y de gran valor: había caído prisionero en Puebla, y se hallaba en Francia cuando Maximiliano me encargó, en Octubre de 1863, que le proporcionara dos mejicanos para oficiales de órdenes, y, si posible fuera, de los que estaban prisioneros. Tuve la buena suerte de dar con el valiente Rodríguez, que era entonces comandante, y en tres años había llegado á ser coronel por sus buenos servicios. Asistió á sus funerales el Emperador, muy afligido por la pérdida de un jefe tan valiente y que tan leal le había sido. Todo el ejército manifestó gran sentimiento por la muerte de Rodríguez, de quien dije en la página 210 del tomo tercero, que tendría que hablar mu y honrosamente.

Era necesario neutralizar el resultado de las salidas desgraciadas: esperando lograrlo, hizo otra Miramon el tres y atacó el grueso del ejército sitiador; mas cuando parecía favorecerle la Providencia, cayeron muertos el coronel Sosa y los tenientes coroneles Franco y Ceballos, que mandaban cuerpos. Esta desgracia desorganizó á los imperialistas, sobre los cuáles cargaron las columnas enemigas de reserva; pero aunque fueron éstas rechazadas vigorosamente, causándoles grandes pérdidas, fué un golpe funesto para el moral de los sitiados el resultado de esta batalla.

Queriendo celebrar por completo los sitiadores el

1867.

Salida de Miramon el tres de Mayo.— Tiene mal éxito.— Atacan los republicanos el día cinco y son rechazados.